

Actividad de Lengua.

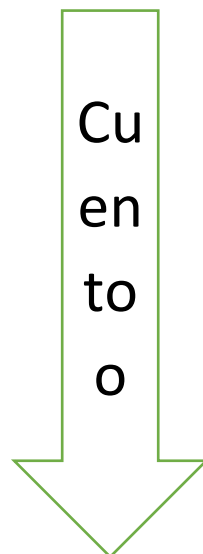
Fecha: 5/5

Morá Paula

- ✚ ¿Recuerdan el libro Gliptodonte Gigante? Leímos 2 cuentos hasta el momento, hoy les traigo otro para seguir conociendo historias que podemos encontrar inspiradas en nuestra querida Santa Fe.
- ✚ Hoy vamos a leer el cuento “Serrasalmus marginatus, la abominable palometa” de Cecilia Moscovich
- ✚ Luego de su lectura buscá en el diccionario las palabras desconocidas.
- ✚ Respondé:
 - ✚ 1- ¿Qué les había prometido Canuto a los chicos?
 - ✚ ¿Por qué no les había contado antes la historia?
 - ✚ ¿Qué le había pasado al abuelo?
- ✚ Leé atentamente...¿cómo describe el paisaje del verano de 1975?¿Te animás a dibujar ese paisaje?
- ✚ ¿Creés que era el mismo paisaje que vemos ahora?
- ✚ Buscá en internet imágenes de una palometa. Dibujala.
- ✚ ¿Te gusta visitar el río?¿Ir a pescar? ¿Conoces alguna historia similar a la de Canuto? Me gustaría que relates alguna tarde de paseo en el río o en algún lugar característico de Santa Fe.

En las próximas clases seguiremos trabajando con este cuento...

Importante: El cuento no es necesario imprimirlo.



Serrasalmus marginatus,
la abominable palometa

El abuelo Canuto nos había prometido que el día en que Nino y yo cumpliéramos diez años, nos contaría la historia de cómo había perdido dos dedos y medio del pie.

—Antes no —había expresado—. No quiero andar hiriendo sensibilidades infantiles.

Yo cumplí los diez en enero, y Nino en abril. Estuve enojada con Nino por esos tres meses de espera extra, pero el abuelo había sido clarito: los dos teníamos que tener diez años.

El día en que por fin Nino cumplió una década, toqué timbre en su casa antes que nadie. Nino esperó a que lo saludara, y miró si no traía algún regalo. Pero yo solo le dije:

—Vamos a lo de Canuto, ahora.

Canuto estaba en el cuartito del fondo armando barcos.

La abuela Musculito lo fue a llamar. En la espera nos convidaba mate y cortaba el bizcochuelo marmolado que había preparado por el cumpleaños de Nino.

El abuelo finalmente apareció, con una bata arriba de la ropa.

La abuela le alcanzó un mate amargo y Canuto corrió la silla y se sentó.

—Bueno, es el gran día —dijo aclarándose la garganta—. Ya tienen la edad suficiente para escuchar la historia.

Se quitó la pantufla y lentamente la media, hasta dejar al descubierto el pie.

Nino y yo nos aproximamos a mirarlo; le faltaban el pulgar y el dedo que va al lado del pulgar enteros, y al tercer dedo le faltaba la última falange, donde están la yema y la uña.

Nos cuidamos bien de no hacer ninguna exclamación; éramos chicos de diez años y teníamos que mostrar entereza.

El abuelo volvió a guardar el pie en la pantufla, y empezó:

—Fue en el verano de 1975. Ese verano hicieron un calor y una sequía terribles, la laguna estaba playita, playita, se la podía cruzar caminando, y el río estaba infestado de palometas. Los balnearios habían sido cerrados por las constantes mordeduras a los bañistas.

"Nosotros en el trabajo andábamos con cuidado: no metíamos los pies en el agua sin calzado y evitábamos nadar en aguas tibias o poco profundas.

"Ese día yo estaba de guardia con Gonzalo Ojeda, un correntino. Teníamos que vigilar toda la zona del canal de acceso, desde la boya hasta el puerto. Ese día era el cumpleaños de Ojeda, así como hoy es el cumple de Nino. A la mañana temprano habíamos pescado una boga medianita, linda, y la queríamos postear para freírla en la sartén.

"Yo me senté en la borda de la lancha para estos menesteres. Saqué mi cuchilla, y empecé a cortar el pescado. El pescado se corta abriéndolo primero por el vientre, haciendo un corte limpio hasta la cabeza. Después se le sacan las tripas y la sangre. Cuando tiré las tripas al río, vi cómo de las profundidades emergía, abierta de par en par, una boca llena de filosos dientes triangulares, y se comía en un santiamén toda la carnada.

"Aquella visión me inquietó bastante; no porque me resultara extraña la aparición de una palometa, sino porque el tamaño de aquella mandíbula no era habitual. Sin embargo seguí

completa la

posteoando el pescado, confiado de que estaba a salvo. Las palometas atacan si uno está en el agua, y yo no tenía ni una sola parte de mi persona sumergida.

"Pero las palometas, especialmente las *serrasalmus marginatus*, sienten el olor de la sangre a kilómetros de distancia, y yo estaba rodeado de la sangre de la boga. Así que cuando estaba terminando de postear la boguita, alcancé a ver con el rabillo del ojo que una palometa redonda y plateada como una medalla y grande como un plato de guiso saltaba desde el agua y se me arrojaba encima con las fauces abiertas.

"Yo atiné a pegarle un manotazo cuando iba por el aire; el golpe la hizo caer y quedar medio atontada. Pero la palometa cayó junto a mis pies y ahí, enloquecida y revitalizada por el olor a sangre de pescado, me pegó un mordiscón que me arrancó los dedos. Recuerdo el sonido escalofriante de las dos hileras de dientes chocando entre sí, y luego el tirón arrancando la carne.

"Antes de que saltara de nuevo hundiéndose en el agua, pude ver que tenía los ojos rojos y le faltaba un pedazo de la aleta dorsal. Esas eran sus señas distintivas.



"Ojeda vino corriendo apenas oyó mis gritos. Yo me retorció en la cubierta, blasfemando contra la maldita. Juré que me vengaría."

En ese momento el abuelo interrumpió el relato y se levantó a buscar algo en la cómoda. Volvió con un paquetito, algo envuelto en una tela descolorida.

Abrió el paquete ceremoniosamente y en el medio apareció el hueso de una cabeza de palometa, la enorme boca abierta, sembrada de dientes serrados y filosos como bisturíes.

—Cuidado que corta —nos dijo cuando aproximamos nuestros dedos.

La parte inferior de la mandíbula sobresalía respecto de la superior. El abuelo la agarró y le pidió a la abuela que le alcanzara una lata que estaba en la despensa. Musculito le pasó una conserva de duraznos en almíbar, y el abuelo usó la dentadura como abrelatas.

Mientras pinchaba los duraznos con un tenedor, nos siguió contando:

—Yo quedé obsesionado. Era un hombre en lo mejor de la juventud, y la maldita *serrasalmus* había destrozado mi vida. En la Prefectura me dieron el alta por incapacidad muy rápido,

más rápido de lo que yo esperaba, porque sin esos dedos ya no podría atar los nudos marineros, que se atan con ayuda de los pies. Quedé desahuciado.

"Con la plata que me pagaron por la indemnización, me compré una lancha. A partir de entonces todos los días recorrí los puestos de pescadores, uno por uno. Les había dado las señas de la palometa y había prometido una sustanciosa recompensa a quien la capturara. Pasé meses recorriendo espineles, vigilando las aguas. A menudo tiraba tripas de pescado al río para ver si la *serrasalmus* aparecía de nuevo, pero no había caso.

"Estaba determinado a encontrarla, aunque fuera lo último que hiciera. Reconozco que mi obsesión se volvió quizá desmesurada. La abuela estaba preocupada y me decía que tenía que parar, pero yo no la escuchaba. Acabé yéndome a vivir a la isla. Sentía que esa sería la única forma de encontrarla, estar constantemente en su hábitat, vigilando, hasta que ella apareciera. Estuve en la isla, solo, casi tres meses. La esperaba. Todos los días pescaba y vigilaba las aguas, esperando que regresara.

"Una mañana apareció. Yo estaba lavando un pacú en la parte playita del río, cuando vi su inconfundible aleta dorsal cortando la superficie del agua. Avanzó un poco hacia mí, y luego comenzó a rodearme en círculos. Por momentos sus horribles ojos rojos sobresalían del agua y me miraban. Yo estaba petrificado. Hacía meses la esperaba, sin embargo me había pescado distraído. No atiné a moverme, hasta que vi el remo de la canoa tirado en la orilla. Si estiraba mi brazo derecho, conseguiría alcanzarlo. No era una operación sencilla, pero lo logré. Elevé el remo sobre mi cabeza y lo dejé caer con toda la furia sobre la abominable.

"La *serrasalmus marginatus* murió en el acto. Yo me quedé mirándola flotar en silencio. Había pasado meses buscándola y finalmente mi tarea estaba terminada. Ahora podía volver a casa."

En este punto el abuelo daba por terminado su relato.

—¿Y encontró sus dedos adentro de la panza de la palometa, Canuto? —le preguntó Nino.

—¡Pero no, nene!

—Ah... ¿Y qué hizo con la lancha? ¿Todavía la tiene? —Nino seguramente quería que lo llevaran a dar un paseo

—Pff... la vendí al poco tiempo —contestó el abuelo, molesto porque el comentario de Nino no tenía nada que ver con su epopeya.

—Fuiste muy valiente, abuelo... —dije yo para compensar.

—Gracias, Maguita, gracias —me dijo revolviéndome el pelo—. ¿Quieren duraznos? —preguntó—. Perdón, no les ofrecí.